

## OÍR, VER Y CALLAR

Autor: Fallenco

Corrían los primeros años setenta del siglo pasado, en el norte de una España que se parecía muy poco a la que conocemos hoy. Era un país triste, en blanco y negro, que vivía todavía inmerso en la dictadura después de una terrible guerra fratricida que duró tres largos años. Casi todas las casas, de un bando o de otro, tenían alguna baja que lamentar más o menos próxima y las heridas seguían abiertas. En las familias, en la mía, había temor a manifestar públicamente lo que se opinaba y a los hijos se nos criaba con la máxima de que no nos destacásemos en público y fuéramos muy prudentes con nuestros comentarios, “tú, niña, fuera de casa, oír, ver y callar”.

Tan grande fue la huella que esa terrible guerra había dejado en el ánimo de nuestros padres. Y miedo, mucho miedo. Y no era de extrañar que lo tuvieran. Se llevaba a la gente detenida por asociarse en las universidades o por manifestar ideas contrarias al régimen. Y, en el mejor de los casos, se llevaban una buena paliza. Para que escarmentaran, ellos y los demás en cabeza ajena. Había que dar ejemplo. Y cualquier “autoridad” civil o eclesiástica podía propinarte un pescozón o llevarte a comisaría a que te dieran más de uno si se observaba alguna conducta que iba en contra de la moral de la época, como podía ser que una pareja se besara. Era una moral que rechazaba las relaciones fuera del matrimonio (aunque algunos tuvieran querida); la homosexualidad (todos dentro del armario, en la clandestinidad, pobres); los métodos anticonceptivos (todos estaban prohibidos, salvo la contención); el divorcio (existía el “ahí te quedas”, con lo cual la abandonada quedaba en un limbo legal que no era ni soltera, ni casada ni viuda, con todos los inconvenientes administrativos y sociales que arrastrarían ella y sus hijos), y un larguísimo etcétera de derechos que hoy ya no nos cuestionamos.

La juventud de las clases menos acomodadas, entre los que yo me encontraba, era bastante frecuente que, a los dieciocho años, o antes, ya estuviéramos en el mundo laboral. Yo había estudiado hasta cuarto de bachiller y luego un secretariado de dos cursos (lo que hoy se llama formación profesional) en el colegio Compañía de María de Santander. Después me convalidaron varias asignaturas y me matriculé en la antigua Escuela de Comercio, en la calle Magallanes, e hice el Peritaje Mercantil en dos cursos.

Así que aquel verano yo iba a cumplir dieciocho años y estaba ya en búsqueda activa de empleo. Por las tardes daba clases particulares a domicilio a cinco niños pequeños, para repasar las cuentas, lectura, escritura y nociones básicas de inglés. Iba a dos casas: en una había dos niños y en la otra tres. Las familias quedaron contentas y el verano siguiente volvieron a llamarme, pero yo ya no me pude comprometer.

Si quería trabajar, era necesario hacer primero el Servicio Social Femenino, obligatorio en aquel momento para las mujeres. Los hombres tenían el servicio militar obligatorio, la “mili”, que duraba mucho más tiempo e interrumpía la vida académica o laboral de los chicos. La mayoría se tenían que ir a otra plaza, pero los hombres debían adquirir destreza en el manejo de armas y la formación necesaria para “servir y defender la patria”. El Servicio Social Femenino, en cambio, estaba claramente orientado a formar mujeres para cuidar del hogar. Estaba bajo el manto de la Sección Femenina, tan presente entonces, así que lo más habitual era que las chicas hicieran una serie de labores y patronos con la ropita que entonces usaba un recién nacido.

Yo nunca he tenido paciencia para las labores, así que justo cuando acabó el curso académico me apunté para hacer la prestación obligatoria en el Archivo Histórico Provincial, ubicado en la Biblioteca Menéndez Pelayo. Allí estuve tres meses. Iba por las mañanas, dos horas diarias, que yo alargaba porque disfrutaba con ello. Estuve ordenando legajos antiguos. Era mi primera experiencia laboral (no remunerada) y era muy entretenido

manejar aquellos documentos tan antiguos, papeles que había que tratar con suma delicadeza porque se deshacían en las manos. Los leía y releía porque los estaba clasificando por temas: manuscritos de testamentos en los que se legaban tres platos, una fuente y dos gallinas, o compraventas de pequeños pedazos de tierra y de un gorrino. Eran documentos de hace siglos, pero a mí me resultaba muy ameno. Allí trabajaban tres señores, tres caballeros, que me hicieron sentir cuidada y valorada. Fue una buena experiencia. Unos meses después, para empezar a trabajar, mi empresa me pidió dos cartas de recomendación de dos personas que me conocieran y hablaran de mí. Al director del Archivo Histórico Provincial le pedí que hiciera una, que yo misma mecanografié. Él recomendaba mi contratación y aseguraba que, si el Archivo que dirigía dispusiera de fondos, le habría gustado tenerme en plantilla, por las ganas de aprender y competencia que había demostrado. Se lo agradecí mucho.

Así que ahí andaba yo en aquella época, dieciocho años recién cumplidos, título de Perito Mercantil en mano, con el Servicio Social terminado (me dieron un carné sellado que aún tengo por casa), y sin trabajo. El verano se había acabado, así que ya tampoco daba las clases particulares a los niños, que habían empezado el curso. No quería estar sin hacer nada, por lo que me presenté a exámenes en varias empresas, me saqué el carné de conducir con el dinero que había ganado en las clases particulares, me apunté a una academia de idiomas un par de horas a la semana para avanzar con el inglés y también me matriculé en la universidad, en primero de Empresariales, que tenía acceso desde el Peritaje Mercantil. Fue mi primera y única experiencia universitaria y me gustó mucho. No pude acabar el curso, sólo unos cuantos meses hasta que conseguí un trabajo “para toda la vida” en una muy buena empresa. Era un contrato fijo, seis meses se consideraban de prueba y si todo iba bien, a seguir. Mi único contrato laboral.

Cuando me llamaron para que me presentara el día siguiente a las ocho de la mañana ya para empezar a trabajar, me puse muy nerviosa. Y

muy contenta. Mi madre y mi tía me llevaron esa tarde de víspera del debut laboral a comprar algo de ropa. Fuimos a Gandarillas, a Ribalaygua, a Laínz y a Almacenes Santander. Te dejaban llevarte la ropa para que te lo probaras en casa y te decían que ya lo pagarías “poco a poco”, “en veces” o “a primeros”. No había financieras, ni tarjetas de crédito. Simplemente te apuntaban y tú respondías según ibás pudiendo. Pero cumplías. Eran las tiendas de toda la vida. Ahora, Zara y demás franquicias acapararan el comercio en todas las ciudades y han obligado a estos negocios a echar el cierre. No me gusta el nuevo modelo: abaratan la ropa, deterioran su calidad en favor de la cantidad y fomentan la esclavitud laboral en algunos países. No me quiero extender en eso.

La ropa que compráramos debía ser apropiada, nada de pantalones. No sería hasta unos cuantos años después cuando las mujeres podíamos ir a ese trabajo con pantalones. Los pantalones los llevaban los hombres. Mi madre me compró una falda escocesa preciosa, que usé con gusto muchos años, un jersey de cuello vuelto rojo, unas botas de piel negras hasta la rodilla, un abrigo verde tipo austríaco, otra falda de pana marrón y otro jersey color avellana. Nunca me habían comprado tanta ropa junta. Y era tan bonita... Lo usé todo muchos años, claro. En general la ropa duraba mucho más que ahora.

No recuerdo cómo pagó mi madre todo aquello. Lo que sí recuerdo es que después de las compras nos fuimos las tres a merendar tortitas con nata a Kansas, que era una cafetería que estaba en Calvo Sotelo, más o menos enfrente de la Plaza de la Catedral, llegando a Correos. Allí se tomaban entonces las mejores meriendas del mundo: sándwiches, tortitas con nata y los batidos más ricos que yo recuerdo. Durante toda la tarde que pasamos mirando ropa, zapatos y medias, y también mientras merendábamos rodeadas de bolsas, mi madre y mi tía me repetían cómo debía comportarme. “Tú, niña, oír, ver y callar. Habla sólo cuando te pregunten. Y para contestar: ‘sí señor’, ‘no, señor’ y ‘mande usted’. Y nada de confianzas con nadie”.

Aquella noche no pegué ojo, tan nerviosa que estaba. Aun así, me costó levantarme. Nunca he llevado bien lo de madrugar. Los casi cuarenta años de vida laboral todos los días andaba de prisa y corriendo por la mañana, con el tiempo justo, más bien escaso, en honor a la verdad.

El ambiente en el trabajo, aunque imponible, no me disgustó. En general, todos fueron amables conmigo, si bien los jefes marcaban la distancia desde el principio. Me presentaron a mucha gente. Me ubicaron en una sala con otras doce mujeres, todas secretarias. Doce ángeles de la guarda. Me acogieron como madres, aunque alguna era prácticamente de mi edad. Me orientaron y ayudaron muchísimo. Era una cosa muy bonita esa solidaridad entre mujeres. Éramos una piña. Después de llegar yo vinieron otras y a todas se les dispensó el mismo trato. Nos ayudábamos siempre. Lógicamente, además del trabajo, compartíamos muchas cosas personales y alguna confidencia. Eso de “nada de confianzas con nadie” que tanto me repitieron en casa se me olvidó enseguida. De hecho, alguna de ellas fue y sigue siendo una gran confidente. Había un ambiente muy cálido entre nosotras. Fueron unos años muy bonitos y guardo el mejor de los recuerdos. Con las que aún viven conservo relación, con algunas especialmente buena, de verdadera amistad.

No sé exactamente de qué manera nació ese buen ambiente que encontré ya consolidado cuando llegué. Pero ahora creo que había una entre nosotras que era la más sabia y especial, y que fue ella la que sembró aquella semilla de sana camaradería. Era una mujer especialmente buena y sensata. Nos dejó no hace mucho de manera totalmente inesperada. Se fue sin hacer ruido y sin molestar, como había vivido. No hay día que no me acuerde de ella por un motivo u otro.

En un gran pasillo estaban los despachos de los jefes y del jefe de los jefes. Les tratábamos de “señor” seguido del apellido. Aquellos hombres de traje y corbata me imponían mucho. Yo tenía un punto de timidez y me ponía muy roja y, como me daba cuenta, me ponía más roja. Y de pensar en ello, también me ponía roja. A mí entonces ese rubor me parecía casi una

enfermedad o una minusvalía. Me hacía sufrir. Todavía me pongo colorada, pero ya me importa menos.

También había un corredor muy grande lleno de archivadores inmensos y allí había muchos compañeros, todos hombres. “El departamento”, lo llamaban. Cada vez que tenía que ir allí mis mejillas echaban fuego.

Los jefes tenían dedicación plena e iban a trabajar mañana y tarde. Para los que no éramos jefes la jornada era sólo de mañana, aunque si el jefe lo demandaba, había que ir por la tarde. Estaba muy mal visto negarse. Las mujeres íbamos gratis, los hombres cobrando horas extraordinarias. Igual pensaban que las mujeres no teníamos necesidad de trabajar, que lo hacíamos para entretenernos, porque teníamos padre o algunas marido, que debían ser quienes nos mantuvieran. Así que nada de horas extraordinarias para las mujeres. Y eso que alguna de nosotras hizo muchísimas.

Afortunadamente, yo tenía una madre que nos inculcó a las cuatro hermanas que teníamos que prepararnos para una vida autónoma y no depender de nadie. Siempre decía que la primera independencia de la mujer era la económica, que no se podía ser independiente si te mantenían. También nos repetía hasta la saciedad que si no estudiábamos nos pasaríamos la vida fregando. Ella hizo todo lo que pudo por nosotras en ese sentido: nos mandó a colegio “de pago” y nunca escatimó medios si hacía falta una clase particular. Las hijas supimos atarnos las recomendaciones al dedo.

La oficina de las secretarias estaba enfrente de una gran caja central, donde todos los meses se preparaban a mano los sobres con las nóminas de todos los empleados, en dinero contante y sonante. Cuando estaban listos todos, los cajeros nos tocaban la puerta y nosotras éramos las primeras de la empresa en cobrar. Cogíamos el sobre con sus billetes de mil, quinientas, monedas de duro y de peseta. Alguna hacía sus propios sobres con sus repartos.

Yo cogía los sobres y se los entregaba íntegros a mi madre. Ella lo administraba. Era bastante habitual entonces. Hasta año y poco después, que pedí permiso a mi padre para casarme. Yo tenía diecinueve años y la mayoría de edad entonces era a los veintiuno. Mi padre me dio permiso, fue a la iglesia y lo firmó, pero ambas familias veían mal nuestra intención de no celebrar boda. Decían que era como si tuviéramos algo que ocultar, una “boda de penalti” que se decía. Con el tiempo ya se hubiera visto que no, pero cedimos a la presión y terminamos dando gusto a las familias en contra de nuestro propio gusto y celebrando bodorrio. Fui una hija que nunca quiso dar disgustos a los padres y el karma me ha vuelto, tampoco mis hijos me los han dado.

No me hacía ilusión la boda, ni el vestido de novia, ni el ramo de flores, ni el convite. No tenía ganas de protagonismo y nunca he soñado con ser “reina por un día”. Respeto totalmente el gusto de otros. En general nunca me han gustado las bodas. A lo largo de mi vida he ido a unas cuantas, claro, y lo he pasado muy bien en muchas. La mía ha sido la que menos me gustó de todas. Pero yo asumí todos los preparativos de la boda como una obligación, como un tributo que debíamos pagar si queríamos casarnos, que era lo que había que hacer si queríamos entrar y salir libremente. Los dos habíamos salido muy poco, éramos muy jóvenes, no teníamos mala situación económica y queríamos ver un poco de mundo y disfrutar. Acabábamos de comprar nuestro primer coche y queríamos salir de vacaciones o de fin de semana a la aventura, sin tener decidido a dónde íbamos, cantando a todo pulmón con la música del radiocasete a tope. Queríamos salir a cenar los sábados e ir a escuchar música latinoamericana en directo al Charango hasta las tantas.

Antes de casarme yo tenía que llegar a casa antes de las diez, hasta la víspera de la boda. “Papá, por favor, la película termina a las diez y cuarto y lo que tarde en llegar a casa, a las diez y media estoy aquí”. Y él contestaba: “pues vete al cine a las cuatro, no a las siete”, o “he dicho que no y es que no. No hay más que hablar”. Así que yo llegaba a casa a las diez, sin haber

podido ver la película que quería y mi padre, como era el cabeza de familia, llegaba cuando acababa su partida. Él no estaba pendiente de horarios. Esa forma de actuar de muchos padres era habitual. Se habían criado así. Era su manera de imponer su autoridad y también de proteger a las hijas. Yo no tengo hermanos varones, pero estoy segura de que si hubiera sido así hubieran gozado de otro régimen de libertades.

De modo que el día de mi boda yo me levanté como una adolescente que tenía que pedir permiso a mi padre para casi cualquier cosa y me acosté como una mujer casada, que ya podía dormir con el marido. Tenía que atender una casa, un trabajo, no tenía que pedir permiso paterno y todo ello sin haber cumplido los veinte años. Todo el cambio se obró tras una ceremonia eclesiástica que duró poco más de media hora. Respecto a los permisos, recuerdo que muchas mujeres en aquella época, al casarse empezaban a tener que pedir los permisos a su marido. Nunca ha sido mi caso.

Durante el viaje de novios y otros posteriores que hicimos, en los hoteles había que presentar el libro de familia. Tenías que llevarlo encima para demostrar que éramos matrimonio. Íbamos a hoteles decentes y hubiéramos tenido problema para que nos dieran una habitación de no llevar el dichoso libro. Supe que había otros hoteles, menos decentes, que alquilaban las habitaciones por horas sin el libro de familia.

Ahí empezó otra etapa de mi vida, la de casada. Si un hijo me hubiera dicho antes de los veinte años que se iba a casar me caigo al suelo. Como era tan joven, la gente esperaba que enseguida empezara a abultar mi tripa. Me miraban sin ningún disimulo. No se me olvida una señora que me abrió el abrigo para verme bien. Todo el mundo pensó que la boda “corría prisa”. No era así. Pero como luego resultó que pasaban los meses y yo no daba signos de embarazo los comentarios eran otros: “vaya pena, una chica tan joven y resulta que no iba a poder tener hijos”. Hasta mi suegro se lo oyó decir a un vecino en el pueblo. Cualquiera persona preguntaba si ya “había novedad” y cuando la respuesta era que no, miraban con cara de lástima. Al

casarse lo normal era quedarse embarazada a continuación. No se entendía que se prefiriera esperar. Y mucho menos se hubiera entendido si alguien se casara y no quisiera tener hijos. Entonces no era una opción.

A los veintitrés años tuve mi primer hijo, y tres años después el segundo. Nunca me ha pesado haber sido madre tan joven. Creo que nací ya con instinto maternal. Viví una crianza feliz. Puesto en una balanza, creo que disfruté más de lo que sufrí. Porque también se sufre. Eso lo sabemos todos.

Tuve los hijos cuando quise, que tampoco era lo habitual en la época. Los hijos llegaban “cuando los mandaba Dios”, y si el marido se negaba o prohibía usar métodos anticonceptivos, Dios mandaba más. Aunque por aquella época ya se empezaba muy tímidamente a programar la maternidad en España, muchos maridos de la antigua usanza se oponían. Supongo que eran celosos y posesivos y pensaban que así se aseguraban de que su mujer no se la pegara con otro. El miedo al embarazo tenía un fuerte efecto represor para las mujeres, como es lógico. Yo conocí entonces a alguna mujer que tomaba la píldora ocultárselo al marido, aunque no estaban teniendo aventuras fuera del matrimonio.

Mucha gente me decía en aquella época que tenía mucha suerte por tener un marido que “me ayudaba”. Querían decir que se responsabilizaba del cuidado de los niños y de la casa. No todos lo hacían entonces. Y desde luego nunca, ni en el mejor de los casos, al cincuenta por ciento. Nosotros nos arreglamos bien para conciliar con buena voluntad y ayuda familiar.

Por aquel entonces, cuando nacían los niños, los padres tenían dos o tres días de permiso. Así que, cuando dejabas el hospital donde había nacido el bebé y te volvías a casa, las mujeres nos quedábamos solas con el recién nacido. O con el recién nacido y los otros hijos que tuvieras. Menos mal que yo contaba con una valiosa ayuda familiar, con algunos ángeles de la guarda que la vida me puso ya cuando nací y que me han acompañado muchos años. Me gusta pensar que ahora nos cuidan de otra manera menos perceptible y que se siguen alegrando cuando nos van las cosas bien.

La baja maternal era otro tema. Aguantábamos trabajando hasta el final, para así poder disfrutar de doce semanas después de nacer el bebé. Tanto aguantábamos que en mi segundo embarazo rompí aguas en el trabajo. Llamé a mi marido para que fuera a buscarme para ir directamente al hospital, sin siquiera pasar por casa; tuvimos que pedir a un familiar que nos llevara la maleta que teníamos preparada. Unas pocas horas después de acabar la jornada laboral ya tenía al niño en brazos, todo en el mismo día. Tampoco es que con mi primer hijo me tomara muchos días de descanso antes del parto. Estuve trabajando hasta la víspera, pero me dio tiempo a pasar por casa, comer, ducharme, descansar un poco y coger la canastilla. Pero poco más: salí de trabajar a las tres de la tarde, empezaron las contracciones y fui al hospital a las doce de la noche, y el niño nació a las diez de la mañana del día siguiente. Todo seguido.

Cuando en la empresa se enteraban de que había bebé en camino no caía muy bien. “Ahora tres meses de vacaciones”, repetían nuestros jefes con cierta ironía. Yo a veces hasta sentía un poco de apuro por el trastorno que creía causar a la empresa. Como éramos varias mujeres en edad de criar, alguna vez coincidimos más de una de baja maternal. Todos nuestros jefes tenían a su esposa en casa, atendiendo a la familia, numerosa en muchos casos. Recuerdo un día hablando con uno de ellos, que me dijo que tres meses de vacaciones (porque se empeñaban en llamarlo vacaciones) era una barbaridad, que no había empresa que lo soportara, que las mujeres íbamos a echar abajo las empresas por ese asunto y que, al fin y al cabo, un parto era algo natural (como morirse, también es natural, pensaba yo). Que la mujer que se empeñara en trabajar, pues que apechugara, que con unos pocos días ya se podía recuperar. También me dijo que a un amigo suyo le dio un infarto y no faltó tres meses al trabajo. “Su amigo tuvo mucha suerte, a otros les da un infarto y no lo cuentan”, le respondí yo. “Para un parto hay un tiempo de baja establecido para atender a un recién nacido, pero para un infarto le darían la baja que necesitó. Y si fue poco, pues mejor para él”. Yo creo que le gustaba tirarme de la lengua, me enzarzaba mucho con él y yo era respondona. En otra ocasión, para reprenderme por algo me dijo que “la

mujer del César no sólo ha de ser buena, tiene que parecerlo”. Yo le pregunté qué es lo que se le pedía al César, que sólo me contaba lo que se esperaba de su mujer.

Definitivamente, lo de “oír, ver y callar” no era lo mío. No podía ni debajo del agua. Nunca me he callado en el trabajo para defender lo que consideraba justo. Lógicamente, esa actitud me trajo algún disgusto. Hubo un tiempo en que me consideraban un poco roja, que se decía entonces, a pesar de que nunca he militado en ningún partido político ni sindicato. Lo mío era la pelea sobre el terreno.

Algunos de los primeros compañeros varones consiguieron promocionar a puestos de más responsabilidad y salario. No fue el caso de ninguna de la primera docena de compañeras magníficas. Recuerdo que uno de los jefes, cuando quería ensalzar mucho a una mujer, decía: “es una mujer, pero vale casi tanto como un hombre”. Me ofendía tanto escucharlo...

Tampoco era usual que un hombre pidiera permiso para llevar a un hijo o a una madre al médico. Los cuidados eran cosa de mujeres, tanto para ascendientes como para descendientes. Siempre las mujeres. Se podía dar el caso de que una mujer cogiera los días de permiso establecidos para cuidar a su suegra, pero un hombre no faltaba al trabajo si la que estaba enferma era su madre, a pesar de que tuviera reconocido el derecho a hacerlo. Para cuidados, las mujeres. Yo me reconozco cuidadora por naturaleza. Creo que lo traje incorporado de serie, como el instinto maternal.

Aunque estaba muy mal visto, era habitual que las mujeres aprovecháramos el tiempo de descanso del desayuno para hacer compras para la familia. Yo iba al Mercado de la Esperanza (a “la plaza”, se decía en mi casa) a comprar pescado fresco. Volaba. A lo mejor un hombre tardaba más en volver del desayuno que una mujer, pero ellos nunca traían la bolsa de la compra.

Actitudes machistas he vivido y visto muchas, en el trabajo y fuera de él. También comentarios poco apropiados. Por suerte, nunca me he sentido en serio peligro (conozco a mujeres que sí), pero sí violenta e incómoda en muchas ocasiones. Recuerdo que una vez a un baboso lo arrinconé y lo agarré por la pechera al más puro estilo *far west*. “Un día te mato”, le dije. No sé de dónde me salió aquella reacción, pero la tuve y hubo testigos. Me podía haber denunciado por amenazas, pero creo que alguien que presenció la escena debió decirle algo. A partir de ese día empezó a tener más cuidado.

Fueron treinta y nueve años en la misma empresa, en distintos puestos. Históricamente no ha pasado tanto tiempo desde que empecé a trabajar: apenas medio siglo. Pero la sociedad ha cambiado tanto que parece mucho más. También la empresa ha cambiado mucho. Creció, se expandió y hoy es una gran multinacional que forma parte del Ibex35. Actualmente está presidida por una mujer, algo impensable cuando yo debuté allá por los setenta.

Y sí, también yo he cambiado. Con el paso de los años, he pasado de discutir y rebatir todo (la sangre caliente de la juventud) y he aprendido a “oír, ver y callar”. Especialmente a callar. Se ve que algo de lo que tanto me repitieron se me quedó bien grabado dentro y me aflora muchos años después. No soporto las discusiones estériles. Me agotan. No pretendo convencer a la gente de mis ideas y aborrezco que me intenten convencer a mí de las suyas. Tampoco quiero enfadarme con nadie. El conflicto me produce mucho desgaste, así que, sin pretenderlo, vuelvo al consejo que mi madre y mi tía me inculcaron durante mi niñez y adolescencia. Oigo, veo y callo. Pero por mi propia paz mental, y no por imposición o miedo, que no es lo mismo. Supongo que todo lo vivido me ha enseñado a dar importancia a lo que realmente la tiene. Ahora, sólo espero que Olivia, mi nieta, crezca y viva en una sociedad más justa para todos y que pueda tener la vida que ella desee. Eso, y que cuando escuche el “oír, ver y callar”, lo identifique sólo con las batallitas de la abuela.